

nos de vicios físicos, morales é intelectuales. A los que heredaron de sus padres y maestros, reúnen los que ellos adquieren todos los días con su vida disipada y antihigiénica, así como en el estudiar vicioso. ¡Oh! son enfermos que me dan lástima, porque veo mejor que nadie sus llagas horrorosas. Esos pobres tontos no comprenden que la adquisición de todo conocimiento tiene dos valores: uno como *saber*, y otro como *disciplina*. Este último ¡ah! lo desconocen, como el ciego de nacimiento desconoce la luz, estando rodeado de ella.

Repítale usted estas palabras á todos, y particularmente á ese caballero, autor de dramas, que le ha escrito á usted la carta. Ese es el más enfermo y el que más necesita de mejores aires. Es el más lisiado, ¡ah! el más leproso, el más cojo, manco y ciego de la cuadrilla. Desconoce la moralidad física; el culto de la salud, tan respetable como el de la conciencia, como el de la inteligencia. Es un triple suicida; se está matando por tres partes á la vez, ¡pobre niño! A éste es al que más compadezco, por lo cual debe usted decirle, de mi parte, que lo mejor que puede hacer es morir, para que rescucite purificado.

Esto dirá usted á sus amigos y consejeros. Y usted, señor capellán, reciba una puntera de su afectísimo

JESÚS DELGADO.,,

Pasmados quedaron los muchachos del contenido de la epístola, en la cual, junto á los despropósitos, se veían razones y frases que demostraban agudo entendimiento. Por de pronto, don Jesús había comprendido la mofa que se le hacía, lo que probaba cierta limitación en su locura. Los burladores no sabían qué juicio formar de aquel hecho, y hubo pareceres distintos. Quién le tuvo por hombre superior, extraviado; quién por un humano alambique de frases extraídas de doctos libros extranjeros, entonces desconocidos en España. Unos sentían lástima y aun algo de respeto, por lo cual no querían llevar adelante la jarana; otros, más audaces y atentos sólo á divertirse, sostuvieron que la carta era un hatajo de desatinos, y proponían escribirle más. Contra todos se desató en dieterios Virginia, porque le alborotaban su huésped más querido. Estaba furiosa y con ganas de poner á alguno en la calle. No lo hubiera hecho, sin embargo, si no le apretaran á ello otros sucesos peregrinos que contaríamos sin pérdida de tiempo.

Alberique, moro de Cocentaina, tenía el genio repentino, irascible, fanfarrón, siempre que fuera pequeño el motivo que lo provocaba. Contar los improperios que le decía á una pobre mosca que cometiera la irreverencia de posarse sobre sus dibujos, sin saber lo que hacía, fuera reunir aquí lo más atrabiliario y soez del

idioma. Su mujer y Bernardina eran torpes, idiotas, bestias y acémilas con faldas. El solo tenía las manos delicadas; él solo sabía poner cada cosa en su sitio, sin manchar nada... La casa era *el puerto de arrebatá-capas*. Allí no se podía tener nada. Tan pronto le cogían un lápiz para apuntar la ropa; tan pronto le quitaban el cazuelillo del agua para hacer guisotes. No se podía trabajar, no se podía vivir allí.

“¡Verbo! ¿dónde están mis pinceles?... ¡Verbísimo! ya me han cogido la lámina con los dedos manchados de petróleo..”

Esta era la música de todo el día, cuando Alberique trabajaba. A la sazón traía entre manos una hermosa ejecutoria en vitela para cierto sujeto que había sido hecho marqués. El trabajo no carecía de mérito artístico ni de limpieza y minuciosidad benedictinas. Todo se volvía escudos tajados y tronchados, con sнопle, rojo, blea, y mucha banda, lambeles, losanges, mallas y rustros.

Serían las once de aquel infausto día, cuando en toda la casa se oyó la terrorífica voz del berberisco que así gritaba:

“¡Verbo! ¿quién me echó esta gota de tinta encima del dragón de gules? Me recopiló en la re-espantadísima madre de Reus...”

—Habrás sido tú mismo, sin pensar...—murmuró Virginia, que al estruendo de los após-

trofes salió de la cocina con una sartén en la mano.

—¡Verbo!... esto es un presidio... Si supiera quién fué el re-indecentísimo que me hizo esta cochinateda, ahora mismo, ahora mismo le hacía una tortilla contra la pared..”

Felipe entraba. Verle el morazo y lanzarse sobre él, como tigre hambriento sobre la espartada res, fué todo uno.

“¡Tú fuiste, perro, tú!”

Sin darle tiempo á disculparse, le tendió de una bofetada en el suelo. Doña Virginia dudaba si salir ó no á la defensa del chico. No lo hizo, porque le tenía cierta ojeriza á causa de los modos un tanto desenvueltos que había adquirido el Doctor, alentado por su amo y por los demás huéspedes, que le tenían cariño. La verdad en su lugar: Felipe había echado ciertas ínfulas que desdecían de su humilde condición. A la señora patrona respondía con malos modos, y no respetaba á los mayores. Para nombrar á Montes, solía decir el *tío prisma*, y al señor de Alberique le mostraba antipatía y menosprecio.

A los gritos que el muchacho daba acudieron Poleró y don Basilio. En el mismo instante, Felipe, revolviéndose iracundo, como cachorrillo herido, se levantó y buscó con sus trémulas manos un objeto sobre la mesa. No hubo de encontrar más que el cacharro con agua ne-

gruzca y dos ó tres pinceles, y cogiéndolo todo con prontitud, lo disparó contra la cabeza del moro. Este fué hacia él con ánimo de espachurrarle. Dios sabe lo que habría hecho si no se hubiera interpuesto Poleró.

“No sea usted bárbaro... No trate usted así á un pobre chico.

—Permítame usted, señor Alberique... ¿Está usted seguro de que ha sido él?...

—¿Y ustedes qué tienen que ver aquí?—gritó el bárbaro...—Métanse en sus cosas, que yo me recopiló en la espantadísima...

—¡Eh! no sea usted animal... No le aguanto á usted sus coces...

—¡Si cojo á uno...!—gruñía el moro acobardado.

—Le digo á usted—gritó Poleró con repentina cólera,—que no tiene usted que tocar á Felipe. Vaya usted noramala..,

Corrió Centeno al cuarto de su amo. Alberique balbucía con estropajosa lengua excusas, blasfemias y amenazas. En esto, Virginia, que quería poner paz y evitar un escándalo, se llegó á él diciéndole:

“No seas bestia... ¿A qué tanto grito para nada, por una gota...? ¡Qué hombre! No sé cómo...,”

El berberisco de Cocentaina, manso con los fuertes, tremendo con los humildes, halló en la oposición de su mujer buena coyuntura

para mostrarse valeroso. Aquel león no era tal león si no tenía un cordero en que cebarse. Le habían quitado á Felipe; pues echaba la zarpa á su mujer. Como arma de fuego que se dispara, así soltó estas palabras:

“¿Y tú?... Mejor te callaras, grandísima...,”

¡Ay, Dios mío, lo que salió de aquella boca! Abochornada la buena mujer de oirse calificar tan indignamente por su propio marido, estuvo un momento vacilante entre el llanto y el furor. Su espíritu enérgico decidióse al fin por lo último, y se fué derecha á él gritando:

“La culpa tengo yo que mantengo animales...,”

Palabrita tras palabrita, pronto vinieron los hechos. Ven, Homero, y canta esta colosal pelea. Virginia descargó de plano la sartén sobre la nefanda cabeza del moro, y éste agarró con su mano hercúlea el moño de ella... Gracias que los huéspedes acudieron todos á la defensa de la señora, que si no... En aquel punto entró Zalamero, y, sin decir nada, acometió furioso al berberisco, agarrándole por el pescuezo... Momento trágico con sus vislumbres humorísticos. Don Ramón de la Cruz, ¿en dónde estabas, que no fuiste á verlo? Cayóse el fez de Alberique, y á Zalamero se le abrió la camisa por el cuello...

“Señores... ¿qué es esto?”

—Atrás...

—No faltaba más...»

Don Basilio, que se empeñaba en sujetar á Alberique, sufrió la extirpación violenta de un callo, y todo se le volvía renegar de la pendencia y de los contendientes. Arias entró también. Poleró, pasado el peligro, reía de ver al relamido y moderadísimo Zalamero tan descompuesto y fuera de sí. Llorando, cual Magdalena, Virginia decía:

“¡Si no fuera por...! ¡Y que yo tenga en mi casa á semejante...!

—¿Qué escándalo es éste?—gritaba Arias..»

Y Montes se presentaba también con aspavientos de dignidad, diciendo:

“Será preciso llamar una pareja de la veterana... Francamente, yo creí que en una casa como ésta...»

Hasta el pacífico don Jesús Delgado apareció lleno de susto y alarma, pálido, en el lugar de la escena, mas no para aplacar á los combatientes.

“¿Qué es esto? ¡oh!... Hace una hora que están llamando á la puerta, ¡ah! y nadie va á abrir. Debe ser el cartero..»

Risas... Aún faltaba lo mejor. Entró Alejandro de improviso, y, sin más ni más, fué derecho á Alberique y le cogió de la solapa. Atención:

“Oiga usted, cafre: me han dicho que ha pegado usted á mi criado...”

—¡Verbo!... yo... diré...

—¿Y todo, por qué? Por estos mamarrachos—gritó Alejandro echando una ojeada á las pinturas heráldicas.—Mejor se ocupara usted en cavar, holgazán, y no en hacer estos adeshios..»

Diciéndolo, cogió las láminas, hizo con ellas una pelota, vertió la tinta, esparció los pinceles. Furor, nuevo alboroto, risas, protestas.

“Me recopilo en el reputadísimo verbo y en la reputadísima madre...”

—¡Eh! poco á poco.

—Cállese usted...

—Váyase usted á hacer gárgaras...

—¡Le cojo y le...!

—Cuidado, don Alejandro.

—¡Perdido!...

—¡Si esta casa es un...!

—Permítanme ustedes, señores...

—¡Silencio!

—Nada: yo llamo á la pareja, porque, francamente, aunque la cosa no merece la pena, si se mira bajo el prisma de la decencia...

—Don Alejandro, usted es un acá y un allá.

—Señores...

—Bruto...

—Paz, paz... No es para tanto...

—¡Mis láminas... las tiene que pagar!

—Vaya usted á donde fué el padre Padilla..»

Basta... Aquella tarde, cuando ya los áni-

mos se aplacaron, Virginia entró con altiva arrogancia patronil en el cuarto de Miquís. Considerando que la permanencia del manchego en la casa renovaríala escena lamentable de aquella mañana; considerando, además, que Alejandro había escrito las cartas que soliviantaron el pacífico ánimo de don Jesús Delgado, venía en sentenciar y sentenciaba que el don Alejandro no podía seguir más tiempo en tan ilustre casa. La notificación fué breve y expresiva:

“Don Alejandro, vengo á decir que hoy mismo me hará usted el favor de marcharse con su criado, sus dramas y sus literaturas..”

V

PRINCIPIO DEL FIN

I

Oída la sentencia, se quedó el manchego un tanto perplejo y triste. Después de larga pausa, abrió meditabundo el cajón de la cómoda, donde guardaba su tesoro; sacó los restos de él, contó... ¡Tristísimo caso! Del pingüe caudal que le diera su tía no le quedaba ya cantidad suficiente para liquidar cuentas con Virginia. ¡Qué trágicas sorpresas ofrece el destino á los hombres ricos!... ¿Pero por qué había de acobardarse? ¿Por ventura el crédito no equivale á dinero? Alejandro tenía crédito, y al punto, en caso tan apurado, iba á hacer uso de él. Salió con prisa, volvió más tarde con dos mil reales en cuatro billetes muy lindos de á quinientos. No necesitaba tanto; pero bueno era estar preparado para las contingencias de un cambio de domicilio.

Hay días terribles, hay horas que debían ser